

Próximo número:

La hermosa producción
cinematográfica, basa-
da en una célebre novela

EL HÁBITO

por la admirada «estrella»
MILDRED HARRIS

POSTAL-FOTOGRAFIA:

HAROLD LLOYD (ÉL)



No dejen de adquirirlo

Precio: 25 céntimos

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 9

25 cts.



DESINTERÉS

por
**Norma
Talmadge**
FilmoTeca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción) Gran Vía Layetana, 17
Administración) Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º IX

DESINTERÉS

Extracto del fotodrama basado en la Novela
de OWEN JOHNSON,
POR NORMA TALMADGE

FIRST NATIONAL CIRCUIT

CONCESIONARIOS:
EMPRESAS REUNIDAS-Paseo de Gracia, 56.

*Hay en el mundo dos clases de mujeres:
la mujer abnegada y la mujer egoísta. La
primera es la salvación del hombre; la
otra su perdición.*

En el Barrio Latino de Nueva York, en
Greenwich Village, Nelly Sanderson, una mo-

delo, había sabido ganar el corazón de todos los que la rodeaban porque para todo el mundo tenía una frase de consuelo en la desgracia y unas palabras de ánimo en el desaliento.

El novio de Nelly, Roberto Milton, era un joven escultor que empezaba á escalar la dura cuesta de la Fama.

Roberto trabajaba sin descanso para crear una obra maestra que le abriera definitivamente la puerta de la celebridad. Nelly, su querida novia, era quien empujaba al joven para que no vacilara en continuar su ruta hacia lo incognoscible, pesara á quien pesase: la voluntad, de la mano del Genio vence siempre. Por esa razón, Nelly procuraba en sus poses transformarse en los seres que el artista quería esculpir, para dárselos á la eternidad. Era tal el amor que la unía en alma á Roberto, que su espíritu de sacrificio se sobrepasaba á sí mismo para que la inspiración del escultor no huyese por el menor movimiento brusco de la modelo que ella representaba.

Durante largas horas, el estudio del escultor parecía un santuario donde las monjas, recogidas en sus bisbisantes rezos, contuvieran, por no turbar la comunión con el Señor, los hondos suspiros de un alma que se distrae y recuerda....

Un día, mientras Roberto copiaba la gentil figurita de Nelly, vestida de la guerrera Juana de Arco, con cuyo atavío estaba, además de bella, sublime de gesto y expresión, un reputado pintor, Daniel Gardford, reconocido como verdadero genio del pincel, contemplaba su nuevo lienzo pronto á quedar terminado aque-

lla misma tarde. Daniel estaba satisfecho de su creación y sonreía benévolo á la modelo de la tela, a Nelly, pues era ella, la modelo preferida, la de la sonrisa inagotable que daba luz, mucha luz á los agitados cerebros de los artistas.

Para celebrar su próximo triunfo en el Salón, Daniel tuvo la idea de mandar á buscar algunas flores para su esposa, entre la cual y el Arte había repartido su corazón, para, saliendo antes que de costumbre del taller, llevárselas él mismo á su casa. Por lo tanto, tan pronto como Nelly llegara, daría los últimos toques á su obra.

La satisfacción de Daniel contrastaba singularmente con la súbita desesperación de Roberto ante la inutilidad de sus esfuerzos, el cual, arrojando de sí sus útiles de trabajo, exclamó, dejándose caer, abatido, en una silla:

—No sé por qué sigo trabajando..... Es en vano.... nunca seré recompensado. No se da tan fácilmente una oportunidad á un desconocido.

Nelly acudía presurosa á consolarle:

—Estoy segura, Roberto,—le dijo—de que la influencia de Gardford habrá servido para que esta vez la obra de un desconocido se haya impuesto....

Roberto agradecía los buenos deseos de Nelly de animarlo, mas en su interior seguía mordiéndose la bestia del desaliento que lo mataba.

Cuando mayor era su abatimiento, dos golpes fueron dados á la puerta. ¿Quién sería? Quién podría ser? Algo zumbó en la habitación.... era como un batir de alas.... quizás las de la esperanza....

Roberto abrió; el conserje, un simpático negro, le entregó una carta y se fué sonriendo sin duda para contrarrestar el mal efecto que á los superticiosos puede producir un ser de su especie, por aquello de.... *trae la negra*.



—*Estoy segura, Roberto, de que la influencia Gardford...*

.....

Y á fé de buen senegalés que él no trajo la mala suerte á Roberto, sino todo lo contrario. Nelly y Roberto quedaron maravillados del contenido del escrito. Era lo esperado é inesperado, lo anhelado é insospechado, lo soñado é inaccesible que se trocaba en victoriosa

realidad. Era Gardford, el célebre pintor, quien había hecho triunfar la meritísima obra de Roberto convenciendo al Jurado del concurso á reconocer el talento del escultor ignorado. El primer premio era adjudicado en justicia á su magnífico desnudo. El importe que le correspondía á Roberto no era despreciable y con él podría, con la ayuda de la fama que el premio le daría, seguir adelante con facilidad. Su desilusión de pocos minutos antes desaparecía repentinamente para dejar libre la imaginación que vislumbraba un porvenir encantador. Nelly se deleitaba contemplando la alegría de su novio. Este, en su transporte de felicidad, la abrazaba.

—Ahora, Nelly—la decía cariñoso—sí que creo que estoy en el camino del éxito y de la fortuna... y tú conmigo.

—Yo no dudé nunca, mi querido Roberto—contestábale Nelly—de tus méritos. Gardford ha sido nuestro buen protector, pues á él debemos tu primer triunfo que es el que decide la carrera de un artista.

—Si, amada Nelly—prosiguió Roberto—á Gardford y á ti os deberé mi gloria. A Gardford por su protección, y á tí, ¡Oh mi bien!, por haber sido tú quien obtuvo de tan eminente maestro me honrara con su apoyo. ¡Qué mayor dicha puedo desear después de tenerte á tí y contigo la Fama!

—¿Vés, amado mío, como todo llega si se tiene empeño en llegar?—díjole Nelly—. Tú has merecido la recompensa que un severo núcleo de jueces te ha otorgado porque tu voluntad ha sido firme....

—Mas esa voluntad—interrumpió Roberto— ¿a quién se la debo? ¡A tí, sólo a tí, Nelly!...

—¡No!—protestaba Nelly—La voluntad no pertenece á los demás sino á uno mismo. Yo no he hecho más que hacerte reir cuando estabas triste, procurando que nunca te dejases dominar por el cansancio de la dura cuesta que te has impuesto....

Lo cual demuestra....—insistía Roberto—

—Nada, nada; no quiero saber nada. La gloria es tan tuya como mío es tu corazón, no pido otra cosa ni quiero más—confirmó Nelly—. Y ahora, Roberto, me marcho tranquila porque te dejo feliz.... Tengo que darme prisa para mi última sesión con Gardford....

Esta última frase de Nelly nubló la alegría de Roberto, el cual, extraordinariamente celoso, exclamó:

—Detestas el oficio de modelo y sin embargo no perderías ni una sesión de Gardford aunque fuera para.... para darme ese gusto.

—Vaya, Roberto,—le contestó ella—Tu buena suerte en ese concurso y mi empleo en la Revista de Arte, se lo debemos todo á él.... ¿serías capaz de ser ingrato?

—Eso no, Nelly; aseguró Roberto—mas yo sólo te quisiera á mi lado. Afortunadamente, Gardford es el último artista que te habrá pintado pues de hoy en adelante, confiando en la buena suerte que principia para mí, no tendrás necesidad de acudir á otro taller de artista que no sea el mío. Díselo ya á Gardford.... que no cuente más contigo....

—¡Y dale con Gardford!....—insistió Nelly— ¿Qué te ha hecho Gardford?, vamos á ver. ¡Ah!

Tienes que conocerle; no es solamente un gran artista, sino un hombre encantador....

—A vosotras, las mujeres, os atrae lo que brilla.... y Gardford es una perla viva.... por su fama—repuso Roberto.

—Nosotras, Roberto mío,—le dijo Nelly— sabemos apreciar lo bueno y lo malo quizá con mayor acierto que vosotros.... que sois unos obcecados. Gardford es un hombre encantador, he dicho, y mantengo mi opinión. ¡Parece mentira, Roberto! Vive solamente para su arte y para su mujercita, á quien adora. Si lo dudas....

—¡Oh, no! Si así me hablas es porque dices la verdad, Nelly—manifestó Roberto—Mira, te pido mil perdones, amada mía.... pero es que no puedo remediar el ser celoso.

—¡Celos! ¡Odiosa y bella palabra!—afirmó Nelly—Es odiosa porque el egoísmo que encierra puede ser un martirio continuo para dos seres que se quieren; es bella porque también demuestra un amor apasionado, loco, inmenso. Pero lo mejor, á mi gusto, es que seas moderado y que antes de dejarte influir por las absurdas dudas consultes á mi corazón que solo late por tí, gran muchacho!

—Sí, Nelly; tienes razón,—confesó Roberto—ve.... ve á cumplir con tu obligación... y ¡bendita seas, mujer!

Nelly se fué aprisa del taller de su novio y poco después llegó al de Gardford, para el cual posaba por última vez.

Una hora más tarde, Gardford había terminado su cuadro. La hermana de la caridad reflejada en la tela parecía real, tanta precisión

había en los más insignificantes detalles. Nelly no pudo reprimir la emoción que sentía ante el talento de Gardford, y con gratitud, que daba á su rostro una dulzura angelical, aumentada por los hábitos monjiles, le dijo:

—¡Qué cosa tan hermosa el ser un genio como usted...! ¡Crear tan bellas obras...!

—El genio es sólo una gran paciencia—hizo la observar Gardford—. Recuerde usted esto, mi querida Nelly, ahora que también empieza usted á dar los primeros pasos en la carrera del arte....

—No olvidaremos nunca, mi novio y yo, su consejo—prosiguió Nelly. Lo que usted ha hecho por nosotros vivirá siempre en nuestro corazón.

—La felicidad y el éxito—sentenció Gardford con afabilidad—deberían empujarnos á todos á ser más buenos.... á ayudar á los demás.... La satisfacción del prójimo compensaría con exageración misma la insignificante molestia que el hacer el bien representa.

—Recordaré siempre esto—dijo Nelly.

Tras esta conversación, Nelly y Gardford se separaron; aquella con el corazón lleno de agradecimiento por su noble protector; éste guardando en sus apuntes íntimos un hermoso recuerdo de la bondadosa modelo, que ejercía esta profesión para aprender de los clásicos el secreto del Arte, al que se había afiliado con gran vocación.

Nelly iba á buscar á Roberto para ir á cenar con él, cómo de costumbre, al Restaurant de los «económicos», llamado así por la gracia de unas señoras muy coquetas de nombre «Musas».

Gardford, por su parte, se dirigía hacia su casa, anhelando llegar pronto á ella, para sorprender á su esposa con el precioso ramo de flores que la llevaba.

Por una de esas ironías del Destino, la es-



—La felicidad y el éxito deberían empujarnos a todos a ser más buenos...

cena que tenía lugar en el salón de la casa del pintor Gardford contrastaba dolorosamente con la ilusión de éste. En efecto, Gardford quería á su mujer como quieren las almas privilegiadas, con un amor que estaba por encima de toda sospecha.... Y ella era una mujer

en cuyo corazón no podía albergarse ningún bello sentimiento: era una egoísta. En aquellos momentos estaba hablando con un amigo de la casa.... que desde hacía algún tiempo solía visitarla con frecuencia... y en ausencia del marido. Los criados de Gardford oyeron como la señora decía al visitante:

—No temas.... Nunca sale de su estudio antes de las seis....

Los domésticos se miraron con estupefacción; uno de ellos musitó al otro:

—Con un marido tan bueno... y ella.... ¿Cómo puede ser tan mala una mujer?

Luego se oyó esta frase, salida de los labios de la esposa de Gardford, que correspondía amorosa á los abrazos del «amigo»:

—Los dos nos queremos, y nada ni nadie podrá separarnos.

Gardford, llegado en el mismo instante que su esposa echaba al aire su infamia, sufrió la más horrible de las decepciones. Indignado por la conducta del amigo, le asió vigorosamente por los brazos y le arrojó en pleno rostro su abominable traición:

—Un hombre puede protegerse contra un animal venenoso, pero nunca puede estar á cubierto de la deslealtad de un amigo.... ¡Eres un canalla!—le dijo.

El infame no pudo rechazar el formidable ataque de Gardford que, completamente fuera de sí, iba á vengarse expulsándole de su casa por el balcón. Su cuerpo estaba ya pronto á desplomarse desde gran altura sobre el arroyo, cuando la esposa del ofendido imploró de esta manera:

—¡Por Dios, no! ¡No hagas eso! ¡Yo soy la única culpable!

La declaración de la casquivana revelaba su infidelidad.

Gardford mandó á rodar por el suelo el cuerpo del falso amigo. Dirigiéndose á la ingrata mujer, la notificó con toda la severidad que la fuerte impresión recibida le permitía:

—Tu degradación te deshonra á TI... no á mí. Desde ahora en adelante eres libre.... Libre para que puedas traficar con tus... afecciones.

La esposa infiel pretendía contestar; Gardford no quiso oír sus mentirosas excusas.

—Tú seguirás el camino que siguen todas las de tu condición—dijole aún.—En cuanto á mí... yo seguiré el mío.

La ilusión de un hombre bueno se esfumaba completamente como las burbujas de jabón desaparecen bruscamente por el capricho del aire.

*
**

Ha pasado algún tiempo, y Nelly, establecida en los Estudios Van Dick, ha ganado ya fama como pintora de adorables bebés.

Su trabajo es por demás simpático toda vez que sólo acuden á su taller—*debidamente acompañados*—lindos pequeñuelos que si bien enloquecen de ventura á los afortunados padres, á ella también la enajenan de gozo. El único... aunque dulce inconveniente que tienen estos tiernos modelos es que pronto se resienten del trabajo extraordinario y se declaran en huelga, durmiéndose.

La Nochebuena se presenta muy feliz para Nelly pues la trae el más preciado regalo en la vida de una mujer: el anillo de prometida, de manos de su Roberto, con quien debe casarse en breve.

—Procuraré hacerte muy dichosa, Nelly—la dice Roberto.

—Todos mis anhelos serán quererte cada día más—le contesta ella.

Y, entregados á su felicidad, Nelly y Roberto se alejan durante un momento de este mundo. De súbito, Nelly se entristece y exclama:

—Nuestra propia dicha me hace pensar en nuestro bienhechor y en la tragedia de su vida.

Es una sincera manifestación de dolor producida por el recuerdo del desventurado pintor que pasa fugaz, pues Nelly no ha terminado aún los preparativos de la fiesta de Nochebuena en su taller, á la cual Roberto y ella han invitado á todos sus amigos. De consiguiente, Nelly «despide» á Roberto recomendándole no se retrase para el *réveillon* y se dedica, presurosa, á adornar lo más artísticamente posible su amplio salón.

Entretanto, Gardford, que ha abandonado enteramente su arte y sus anteriores afectos para ir en busca del olvido, y cerrado su estudio-museo, va á refugiarse como inquilino en los Estudios Van Dick, uno de cuyos pisos, como se ha dicho, es habitado por Nelly.

El conserje, el simpático negrito de marras, actualmente empleado en los Estudios Van Dick, conduce á Gardford á las habitaciones disponibles, amuebladas con desorden y cerradas á la luz del sol desde mucho tiempo. El triste aspecto de aquel recinto que fué ocupado por algún *melenudo*, era en verdad fiel reflejo del abandono del que iba á habitarlo.

Así que Gardford se queda solo en su nuevo domicilio da salida á su hondo pesar y, dirigiéndose á un ser imaginario, le implora:

—¡Oh, si pudiera olvidar....! ¡Arrancar ese

recuerdo de mi torturado corazón.... como si no hubiera ocurrido nada....!

¡Mas no se olvida fácilmente; el tiempo no es remedio rápido para ciertos males!

La hora de la fiesta en el estudio de Nelly ha llegado, y en torno del árbol de Navidad se hallan reunidos los amigos de los novios. La buena amistad reina en la reunión y pone una sonrisa en todos los labios.

Después de un poco de bailoteo, Nelly anuncia á sus amigos que va á repartir los regalos que el amable viejo de luenga barba blanca les ha traído.

—Aquí están todos vuestros regalos para que tengais un pequeño recuerdo del día más dichoso de mi vida—les dice.

Para todos ¡naturalmente! ha habido algo, y lo curioso es que ese papaito de la barba de plata ha adivinado las necesidades de cada uno de los premiados. Al fumador Pipó, por ejemplo, le ha tocado una pipa; es una precaución para que no se quede nunca sin fumar, porque á falta de tabaco, siempre tendrá el recurso de fumar.... ¡en pipa!

La nota más cómica de la fiesta es la del conserje negrito, á quien, comprendido en el reparto de premios, le ha correspondido un sonajero, tocando el cual recrea á los demás bailándose un danzón de movimiento abdominal continuo.

En lo mejor de la danza exótico-típica, un hombre aparece en el umbral de la puerta, abierta, del estudio de Nelly, y desde allí grita á los de dentro:

—¡Bailar, tontos.... bailar!

Un silencio completo envuelve los seres y las cosas inopinadamente.

El intruso prosigue:

—Sed dichosos mientras podais! ¿Quién sabe lo que traerá el mañana?

Alguno de los invitados de Nelly iba á mandar al diablo al entrometido, probablemente ebrio, mas el silencio fué mayor al oír todos como Nelly decía:

—¡Señor Gardford!.... ¿Usted aquí?

El veterano Ricardo, íntimo amigo de Nelly y Roberto, y éste mismo, reconocen á su artista predilecto Gardford, muy cambiado por los sufrimientos que lo consumían.

Gardford, tambaleándose, contesta á la exclamación de Nelly:

—Yo no soy Gardford.... Mi nombre es Warren.... ¡Gardford ha muerto!

Nelly se acerca á su protector para ayudarle á salir de su desvarío y antes de que pueda socorrerlo, Gardford cae pesadamente sobre las frías losas:

Nelly, asustada y temblorosa, toma entre sus manos la cabeza de Gardford para volverle en sí. Emocionadísima, pide que alguien vaya á buscar un médico. Uno de los invitados cumple con urgencia la orden de Nelly. El amigo Ricardo ayuda á ésta á colocar sobre una *chaise-longue* el cuerpo desmayado de Gardford. Roberto, que ha permanecido alejado del grupo de los que rodeaban á Gardford, contempla con disgusto la solicitud de su novia por aquél. Se tortura los labios de despecho.

Nelly y Ricardo observan minuciosamente el

cambio operado en Gardford desde un tiempo á entonces. ¡Cómo debía sufrirl!

Al fin llega el doctor requerido. Su diagnóstico no tiene ninguna relación con la ciencia.

—Se trata de una dolencia que ningún médico puede curar—declara á los presentes.

Naturalmente, es el dolor del desengaño que roe el cuerpo y alma del infeliz.

—No debe ser movido de aquí—opina el médico.

El conserje lustroso manifiesta al Doctor:

—Vive en esta misma casa, pero sus habitaciones están en desorden y no hay todavía ninguna cama preparada, señor.

Resueltamente, Nelly acepta la prueba por que el Destino quiere hacerla pasar, y participa al Doctor:

—Puede permanecer el señor Gardford aquí, por esta noche. Mi criada y yo le cuidaremos hasta mañana.....

El gesto insospechado de Nelly merece la admiración de todos..... salvo la de Roberto que se consume de celos.

Los hasta el desagradable suceso alegres invitados, se marchan entristecidos.

Roberto no se mueve de su sitio hasta que Nelly, en un movimiento, se fija en él. La desgracia de Gardford le había hecho olvidar todo cuanto no tuviera nada que ver con él y con los medios de salvarle de la ruina moral, que con tan rotundos síntomas se iniciaba. Por tal razón, Nelly se apresura á reunirse con Roberto para hacerse perdonar el haberle privado de sus atenciones durante todo ese tiempo.

Lejos de aprobar la buena acción que Nelly

ha hecho ofreciendo la hospitalidad á un menesteroso, Roberto la acrimina:

—¿Cómo te atreves á hacer esas cosas?

—Cuando hago alguna cosa bien hecha, tengo el valor moral de atreverme—contesta Nelly cariñosamente.

—En mi opinión es insensato que Gardford pase la noche aquí, en tu casa...

Nelly comprende que los celos son la mayoría de las veces terribles de vencer, y apela á su ternura de mujer para hacer volver á los buenos sentimientos á su novio.

—¿No consideras todo lo que significas para mí, y además te amo?—Le dice.

—Porque te amo como te amo, te...

Nelly le interrumpe:

—Ningún hombre puede amar á la persona de quien sospecha... Si tú me quieres debes tener absoluta confianza en mí.

Sin cambiar su tono afable, Nelly ha pronunciado esas palabras con energía y vehemencia. Sus ojos brillan..... quizás dos lágrimas quieren escaparse por ellos..

Roberto, dominándose una vez más ante la grandeza de alma de Nelly, la pide perdón, conviniendo en que cuanto ella haga no merecerá ningún reproche de su parte. Se despiden, pues, hasta el nuevo día, con la inquebrantable seguridad de su mútuo amor.

Nelly no quiere que su criada vele al enfermo y la manda acostarse, para relevarla al amanecer.

La abnegada mujer se sienta en un sillón cerca de Gardford, y la larga vigilia empieza con dulce conformación.

Al rayar el alba, la criada acude á reemplazar á Nelly que está levemente dormida. El ruido que la sirvienta hace en el salón, despierta á Gardford, que queda sorprendido de encontrarse allí. Mira á su alrededor y la presencia de su ex modelo le recuerda vagamente lo ocurrido la víspera. Malhumorado por la escena á que dió lugar delante de los invitados de Nelly, y de ésta misma, la excitación nerviosa causada por el imborrable recuerdo de la crueldad de su esposa, intenta alejarse precipitadamente del lugar en que se halla, para esconder su doble amargura en el taller abandonado, su actual refugio. La criada de Nelly no sabe cómo impedir que Gardford se marche sin que lo sepa la señorita, pero por fortuna se le quita de encima el peso de la responsabilidad, pues Nelly se apercibe de la situación á tiempo de hablar con Gardford:

—Señor Gardford—le dice—. No está usted lo bastante bien para irse...

—No me llamo Gardford... — replica éste bruscamente—y tengo que irme.

—Ya se marchará usted, señor Gardford; está usted en su casa, no lo dude, y todo cuanto yo pueda hacer por usted será poca cosa para pagarle los inmensos favores que le debemos.

—Estoy profundamente agradecido á usted, Nelly... y lo estaré más aún si olvida que jamás ha conocido usted á Gardford. ¡Gardford no existe!

Sin atender á las súplicas de la buena Nelly, Gardford abandona la estancia de ésta y Nelly califica de grave el estado psicológico del pobre genio oscurecido por una mala mujer. Es, pues, necesario evitar que el mal se desarrolle tomando mayor incremento todavía, siendo para ello preciso recurrir á todos los medios. Ella, como ejemplo de mujer buena, se propone intentar la salvación de su dolorido bienhechor.

Llevando á efecto el plan que ha ideado, Nelly visita aquella tarde á la egoísta esposa de Gardford. La conmovedora relación de Nelly no produce el menor efecto en el ánimo de la infiel, á pesar de que ha llegado á pintarle la situación de su esposo como atravesando un trance desesperadísimo.

—Su esposo no es el mismo hombre de antes, créame usted, señora—la dice—y sería una bella inspiración que fuera usted quien le ayudara á salir del abismo en que ha caído....

Todo sentimentalismo es vano; el corazón de la perjura era insensible. Esta respuesta lo demostraba de pleno:

—No dudo que pueda ser usted una autoridad en materias de moralidad, pero *yo* no pertenezco al gremio de salvadoras de almas.

—No creo que usted no comprenda la influencia que puede ejercer en su esposo para reconducirlo al buen camino, señora. ¡Sea usted caritativa... sálvele usted! —imploraba Nelly.

La esposa adúltera se levanta y con arrogancia dice á Nelly:

—Por mi parte, la entrevista ha terminado.

—Es usted muy dueña de obrar como le plazca en su casa, señora; permítame sin embargo que insista en que habiendo sido usted quien ha arrojado al nivel inferior moral en que se halla su esposo, sería justo que fuera usted quien lo devolviera al sitio que ocupaba...

—Las circunstancias, amiga mía, á veces fuerzan á una mujer á ser infiel—declara la requerida.

Nelly no es de la misma opinión y severa, y convencida de ello, manifiesta:

—Ninguna mujer es infiel cuando *no desea* serlo.

—Déjese de sentencias que á nada conducen....— contesta la ingrata.— Todo lo que deseo es mi libertad.... Ahí tiene usted su oportunidad.... Dentro de breves días estaremos divorciados. ¡Cásese con él!

La crueldad y osadía de la mujer inmoral sublevan á Nelly que, con dignidad, la dice:

—Estoy prometida para casarme con el hombre de mi elección.... y tengo la esperanza de ser mejor esposa de lo que usted ha sido.

—Usted busca solamente su camino en el cielo—responde, irónica, la egoísta—; Yo tengo amigos en todas partes....

El sembrar en campo tan yermo era perder el tiempo. Así, pues, Nelly regresó á su estudio para buscar, á solas con su conciencia, otro medio de devolver á Gardford al lugar que le correspondía en la vida.

Paralelamente á la buena voluntad de Nelly, Gardford, cuyo trato con gentes de la más baja condición le ha ido arrastrando hacia un ambiente de miseria moral y de abyección, ha recibido en su desnudo taller á algunos hombres de mal vivir, que tienen la misión de distraerle, ora presentándole algunos combates de boxeo brutal, ora iniciándolo en los secretos del juego de naipes, acompañando las largas sesiones con un continuo vaciar de botellas de buen añejo. Nelly no había conseguido, á pesar de la visita que le hiciera un día en su taller, impedir tan repugnantes relaciones de Gardford.

El jefe de los vividores observa que Gardford no se divierte mucho con lo que han venido haciendo hasta ahora, y le propone conducirlo á un cabaret misterioso donde encontrará lo que le conviene para olvidar.

Gardford ha aceptado la oferta y se dispone á salir en el preciso instante en que Ricardo el veterano del Barrio Latino de New-York, se presenta en su domicilio para hablarle. Los malos sujetos que gozan de la espléndidez de Gardford se llevan á este sin darle siquiera tiempo para saludar al amigo recién llegado.

Ricardo va, pues, á contarle lo acaecido á

Nelly quien, al enterarse de que Gardford ha consentido á ir al cabaret, en cuyo sótano existe un fumadero de opio, completamente fuera de la ley, toda corazón y desinterés resuelve que la vida de un genio no debe ser sacrificada y se impone á sí misma el deber de



...Nelly no había podido impedir tan repugnantes relaciones de Gardford...

salvarlo de la total ruina. Ricardo le aprueba la idea. Nelly le ruega:

—Diga á Roberto que estoy haciendo el último esfuerzo.... él comprenderá.... Ahora, deme cuantos detalles puedan ayudarme á reconocer al hombre que se ha encargado de en-

tregar á las garras del Diablo Amarillo á Gardford.

—Encontrarás á ese tipo sentado á una mesa, solo; es bífico y de aspecto repugnante,—la indica Ricardo—Ve allí y valor; hija mía, ¡valor! Quizá tus nobles propósitos sean una bella realidad.

Nelly parte, pues, hacia el bodegón señalado y al entrar en él reconoce enseguida al hombre que busca. Se entrevista con él y, previa entrega de unos billetes, consigue ser conducida al fumadero secreto, en el que penetra sola pues el vividor no es amigo de presenciar discusiones.... que pueden acabar mal.

El chino encargado del fumadero recibe fríamente á Nelly, sospechando que nada bueno la ha traído allí. Celosamente espiada por él, Nelly busca en este envenenado lugar á Gardford, al que, al fin, descubre durmiendo sobre un mal colchón colocado en una hendidura hecha en la pared, encima y á los lados de la cual hay otras hendiduras también ocupadas por hombres de macilento rostro.

Nelly agita febrilmente los brazos de Gardford para despertarlo, gritándole:

—¡Señor Gardford....! ¡Señor Gardford!

El chino se convence de la atinada duda que le había hecho tener Nelly así que la viera y, furioso, quiere echarla brutalmente del fumadero.

¿Por qué había de meterse aquella mujer en su negocio.... tan lucrativo con clientes como Gardford, nuevo en la casa?

La feroz persecución de Nelly por el chino produce gran ruido y Gardford despierta á lo

real, saliendo de un sueño fantástico. Su asombro es grande al ver á Nelly allí... y en tan apurada situación. Su intervención en la lucha entre el chino y ella evita á ésta última que la ira del hombre amarillo manifieste bárbaramente, acogiéndose á la circunstancia de no



...Nelly busca en este envenenado ambiente a Gardford, al que, al fin, descubre...

haber testigos que presenciaran el abuso de sus fuerzas sobre una mujer indefensa.

Fuera ya de peligro Nelly, Gardford, atontado por el veneno del opio, la dice, furioso:

—Ha hecho usted una locura viniendo aquí.

—¡Oh, señor Gardford, por favor, véngase conmigo; salga usted de aquí! Yo he venido,

arriesgándolo todo, para convencerle que debe usted renunciar á este género de vida que ha adoptado usted desde hace algún tiempo. ¡Sea usted fuerte, señor Gardford! Hay miserables que se aprovechan de su estado... ¡Véngase conmigo ahora mismo, señor Gardford!

—No quiero volver... Quiero olvidarlo todo... ¡Por favor, váyase!

—No, no me iré sin que usted me acompañe. Vuelva á la razón, querido maestro. ¡Cuán doloroso es para quienes le aprecian verle en una situación tan deplorable!

—Por favor, Nelly, no me irrite usted más... mire usted que yo ya no puedo dominarme... márchese usted... salga usted de aquí... márchese, márchese... ¡márchese, la digo!

—Bien; cálmese usted señor Gardford; me marchó, sí; veo que esto no tiene remedio...

Nelly se dirige hacia la puerta de salida que el chino ha habierto ya, con harta satisfacción por haber ganado la partida. Gardford ha vuelto á su nicho, aspirando de nuevo el flúido mortal. Una resolución extrema ilumina á Nelly, la cual, volviendo sobre sus pasos, con sus energías centuplicadas por el deseo de vencer al mal, intenta arrancar del lecho á Gardford, con lo que logra soltar el freno de sus nervios excitados.

—Señor Gardford, lo que usted hace no es digno de un hombre de su categoría. Usted no debe permanecer aquí; no le creo á usted tan cobarde para dejarse sujetar á tan denigrante abandono de su amor propio.

—¡Basta ya! ¡No se meta usted en mis asuntos!... ¿Lo oye?

—Sé que lo que hago está bien hecho, y me mantendré firme en mi pretensión de que vuelva usted á ser el hombre modelo de antes, ¿lo oye usted?

—Váyase, por todos los demonios al infierno; váyase, ó.....

Gardford, en su furioso arrebató, ha levantado el puño como para descargarlo sobre Nelly. Esta no ha hecho el menor movimiento para eludir el golpe si éste hubiese sido dado, mas la mirada de Nelly ha hecho el milagro de detener la mano inconciente.

—Máteme si quiere—le dice Nelly, con lágrimas en los ojos—. El último aliento será una oración para que se redima...

Es tan dulce á la par que dolorosa la expresión del rostro de Nelly, surcado de perlas de agua, que Gardford, vencido, exclama:

—Perdóneme... No era yo... Mi cerebro enloquecido no es ya dueño de mis actos... Ayúdeme á salir del cieno en que me hallo...

Guiado por la delicada mano de la caridad, Gardford vuelve á su taller de los Estudios Van Dick. Antes de despedirse de Nelly, Gardford la dice:

—Una hada piadosa envió á usted en mi socorro... Si renazco á la vida, todo lo deberé á usted...

—No se preocupe, señor Gardford,—contesta Nelly—. El tiempo y su buena constitución serán el mejor remedio y el más enérgico de los cicatrizantes.

Nelly se reúne luego con Roberto pero en lugar de participar con éste de la inmensa alegría que embarga su alma por el bien que aca-

ba de hacer, el escultor, presa de fuerte crisis de celos, la recibe de esta manera:

—¿Te parece á tí que el rondar á estas horas con Gardford es medianamente decente?

—¡Roberto! ¡Supongo que Ricardo te habrá dicho adonde he ido á buscar á ese pobre hombre...!

—¿Crees acaso que si Gardford prefiere el vicio á una vida respetable, debes ser tú quien has de acompañarle?

—Roberto... Le debemos toda nuestra felicidad... ¿Cómo habíamos de abandonarle en sus más negras horas?

—Tus puntos de vista son muy distintos de los míos.

—Si esa es tu opinión, Roberto, lo mejor será, en bien de ambos, que no volvamos á vernos.

—Como quieras... ¡No faltaba más!

Y se separan.... esta vez rotos todos los lazos que los unían.

De regreso á su casa, Nelly devuelve á Roberto el anillo que le regalara el día de Nochebuena, y la tristeza de la inesperada consecuencia de los celos de Roberto puede ser, afortunadamente para la mujer abnegada, compensada por el recuerdo de la victoria obtenida sobre la fatalidad, que hubiera acabado por engullirse sin piedad á un hombre bueno... con el único defecto de su desdicha.

*
**

Largos meses de alejamiento han intensificado los amargos dolores del remordimiento del celoso Roberto, aumentados todavía más por la noticia que Ricardo le anuncia acerca del eco de sociedad que preopina posible el casamiento de.... Nelly con Gardford.

Para disimular su pena, Roberto se limita á decir:

—¿Nelly, casarse con Gardford? Me alegro... se la merece más que yo.

Esta frase tiene su buena explicación si se considera que Gardford ha conseguido, con la ayuda de Nelly, ocupar su puesto de antes, entre la sociedad artística.

Nelly, que había renunciado á posar para nadie, se ofreció gustosa á que Gardford se inspirara en la armonía de todo su ser, que era una bendición del Cielo. Todo lo debía, pues, Gardford, á su salvadora Nelly. ¡Qué habría de extraño si se casaran!

Cierto día, los amigos de Gardford, gente distinguida, se reúnen en una maravillosa fiesta para admirar su obra maestra recientemente terminada.

Nelly modestamente, se une al homenaje concedido á Gardford y se confunde entre los que han acudido á la invitación del pintor.

Gardford corre el cortinaje que cubría su cuadro y presentándolo á la inteligente crítica de sus amistades, le dice:

—Hice la promesa formal de que volvería á

estar á la altura de mis anteriores producciones....

El efecto que produce la nueva obra, una Walkiria cabalgando en brioso caballo, como emblema de la energía femenina, es inmejorable.

Todos, á una; exclaman:

—No cabe duda de que es un genio.

Un ferviente devoto de Gardford, sentado á la derecha de Nelly, conversa con ésta, de la siguiente forma:

—Es verdaderamente maravilloso que Gardford haya salido triunfante en su lucha contra la debilidad, sin la ayuda de nadie....

Nelly aprueba la opinión del crítico, y un cosquilleo de agradecimiento se apodera de su ser.

Aprovechando un momento de libertad que sus amigos le conceden, Gardford toma aparte á Nelly y la dice:

—Ha sido usted mi baluarte en mis días de prueba.... Mi éxito puede considerarlo justamente como su triunfo....

—No sabe usted lo feliz que me hace el saber que le he ayudado....—le contesta Nelly.

Y la infalible ley del amor se impone....

—¿Quiere usted ver cumplidas mis más ardientes esperanzas?.... ¿Quiere usted ser mi esposa?

Nelly no espera, ni remotamente, tal declaración, que la sorprende sobremanera. No sabe cómo contestar á Gardford, y sale del apuro manifestándole:

—Aprecio profundamente el honor, pero.... tiene usted que darme tiempo para consultar

mi corazón.

A su vez, Gardford no esperaba tal repuesta de Nelly; confiaba en una resolución inmediata, ó sea, á mejor decir, en un ¡si! categórico. Cariñosamente, añade:

—Siempre acariciaré la grata memoria de sus bondades para conmigo....



—¿Quiere usted ser mi esposa?

La circunstancia de que un amigo de Gardford lo separe de Nelly para hablarle dos palabras, permite á Ricardo, que acaba de llegar procedente del taller de Roberto, el entrevistarse con Nelly, á la que comunica:

—Roberto se marcha esta noche... no sabe adonde...

—¿Se marcha, dice usted? Qué manía es esa, Ricardo? Por qué quiere marcharse?

—Está en un lastimoso estado de ánimo... No vive desde esta mañana y se ha pasado el día pensando en la fiesta que Gardford... y tú, buena parte tienes en el triunfo de tan esclarecido artista, habeis dado... ¡Te quiero locamente... y te necesita, Nelly!

—Ha dicho que me necesita? ¿Es cierto que no puede vivir sin mí, Ricardo? ¿Y dice usted... que esta noche...? ¡Oh, gracias, Ricardo!

Nelly se despide de Gardford, pretextando debe marcharse, y se dirige veloz al estudio de Roberto. La reaparición en el taller del escultor, de Nelly, le parece un sueño á Roberto, que estaba ocupado en cerrar sus maletas para salir de viaje. Roberto sólo acierta á pronunciar estas palabras triviales:

—¡Nelly! ¿Es verdad que vas á casarte con Gardford?

Ella le sonríe, se acerca lentamente mirándole á los ojos con dulzura, y le dice:

—En alguna cosa soy una mujer á la moderna, pero en otras soy chapada á la antigua, y voy á casarme con el hombre á quien quiero por encima de todo...

—Y ese hombre, Nelly, ¿quién es?—pregunta ansioso Roberto.

—¡Tú!—contesta Nelly con alegría infinita.

—¡Oh, amor! ¡Divino tesoro!—murmura Roberto estrechando entre sus brazos á Nelly.

El triunfo de la mujer buena, DESINTE-RESADA, era tan inmenso como merecido.

Cupido se sonreía...

Es agradable suponer que poco tiempo des-

pués Nelly y Roberto celebran sus esponsales, á los cuales Gardford, admirando profundamente las excelentes y raras prendas de la novia, asiste como... padrino de boda.

FIN



*Prohibida la reproducción del texto
sin mencionar procedencia.*

*Precios de suscripción
(pago anticipado)*

Barcelona y provincias

Año . . . 12 pts.

Semestre . . . 7 .

Extranjero

Año . . . 18 pts.

Semestre . . . 10 .

*Portugal, América
y Filipinas*

Año . . . 14 pts.

Semestre . . . 8 .

*Los señores suscriptores de
provincias pueden efectuar
los pagos por Giro Postal.*